

COMENTARIOS AL ACONTECER EN EL MUNDO

EL AVISPERO ZAIREÑO

Reducir el segundo conflicto del Zaire a una nueva invasión de Shaba —antes Katanga (noche del 11 al 12 de mayo)—, por gendarmes katanguenses refugiados en Angola y azuzados por los cubanos allí presentes, según versión de Kinshasa y algunos medios informativos, es simplificar el problema hasta desvirtuarlo. Así no se facilita su comprensión, luego, su solución afanosamente buscada en la V Conferencia franco-africana inaugurada en París el 22 de mayo, en la «cumbre» de la OTAN, celebrada en Washington el 31 de mayo, en la «cumbre» occidental de apoyo al Zaire, iniciada en París el 5 de junio, y en la importante reunión de Bruselas (12-14 de junio), con asistencia de delegados de once naciones y representantes del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial. Tan ininterrumpida actividad muestra hasta qué extremo ese conflicto geográficamente localizado tiene incidencia en el mundo occidental, hondamente preocupado por el futuro del Zaire. En primer término porque, so pena de colapso, las riquezas de su subsuelo son imprescindibles para su industria, en especial el cobalto, clave para la industria militar norteamericana, y asimismo porque esa invasión ha impuesto que la paciente y metódica estrategia indirecta de la URSS, utilizando en este caso la táctica de la guerra revolucionaria, no se toma punto de reposo para alcanzar su objetivo de dominar, por gobiernos amigos interpuestos, ese vital apéndice de Europa que es Africa.

Despejadas las dudas en cuanto a los graves riesgos que entraña el desarrollo de la situación en el Zaire, y en particular en el Shaba, es preciso admitir que nada de lo que allí ha sucedido y puede suceder se produce por generación espontánea o debido a la perversidad de los soviéticos, cubanos u otros pescadores de río revuelto. Río revuelto es el Zaire, antes Congo, desde el momento mismo en que se independizó. Por ello es alterar la realidad hablar de «desestabiliza-

ción» en un país donde la estabilidad, si la hubo, no ha pasado de ser una pausa en la agitación. Singularmente, no cabe haber olvidado el Congo enloquecido de 1960-1961, no bien proclamada la independencia, cuando las diversas etnias arbitrariamente incluidas en un solo país dieron rienda suelta a sus odios ancestrales, a sus ambiciones de tribal independencia y a las rivalidades de los respectivos líderes, divididos además en cuanto al tipo de Estado conveniente para el nuevo país. Unos optaron por el Estado unitario y centralista en un Congo que era una ficción geográfica inventada por los belgas, en pugna con la realidad de numerosas etnias (unas 300 tribus, cuatro lenguas principales y alrededor de 200 dialectos). Otros, y destacadamente Moisés Tschombé, preconizaron una Confederación de Estados más o menos autónomos. Predominaron los partidarios de la unidad y el centralismo, apoyados por Bélgica y más eficazmente por los Estados Unidos, al estimar éstos que el jugar esa carta aseguraba, a través de una sola minoría de dirigentes, su predominio en todo un territorio que encandilaba a los financieros de Wall Street. Pensaron al tiempo que así evitaban las críticas de la opinión africana, inclinada a tener por un atentado contra los pueblos recién descolonizados toda alteración de las fronteras coloniales.

La URSS también jugó la carta del centralismo, sobre todo cuando asumió el poder el pro-comunista Lumumba, al extremo de que los Estados Unidos le formularon «serias advertencias» para que dejara de hurgar en los asuntos congoleños. No data, pues, de ahora el interés soviético por Africa y tampoco de hoy el menguado tino norteamericano para moverse en ese continente. En efecto, Estados Unidos para nada tuvieron en cuenta que desde el primer momento súbditos y bienes europeos fueron respetados en la región de Katanga, autoindependizada, contrariamente a los horrores de toda índole registrados en el resto del Congo. Tampoco consideraron la importancia del anti-comunismo de Tschombé, jefe indiscutido de Katanga. En cuanto a su inclinación hacia Occidente, se evidenció con la petición hecha a Francia de enviar a un militar de prestigio para organizar el ejército katangués, que inmediatamente contrastó con el indisciplinado, salvaje y lamentable ejército del teórico poder central. Por cierto, el coronel Trinquier, que fue a Katanga, lo hizo autorizado por el Ministerio francés de la Defensa, pues Francia —y los pueblos canadienses de habla francesa— no compartían el criterio norteamericano respecto al futuro unitario del Congo.

Pero Francia remaba aislada y contra corriente, en particular cuando los Estados Unidos se volcaron junto al gobierno «central» instando al envío de fuerzas militares de la ONU. Sin el cuantioso apoyo financiero norteamericano ni hubieran pisado suelo congoleño ni se habrían mantenido allí hasta dar al traste en enero de 1963 con la independencia de Katanga, no sin cometer en ese territorio, que había funcionado en orden y eficazmente, toda clase de tropelías, saqueos y matanzas. Con la llegada al poder del general Mobutu, se reanudaron en 1967 las matanzas de luandas, dándose la cifra —recogida con las reservas del caso— de 220.000 asesinados. Cualesquiera que sean en definitiva, se han incrementado después de la primera y segunda acción armada en ese territorio.

Derrotado y abandonado Katanga por Occidente, a toda ley los katanguenses que han permanecido en el hoy Shaba, avasallados por el inoperante y corrupto gobierno de esa invención de belgas y norteamericanos que es el general Mobutu, que ha amasado ingentes riquezas, mientras el país se hunde en la miseria, conservan el vivo recuerdo de sus sufrimientos y sueñan con la venganza. De ahí que no perdonen a los europeos y reciban con los brazos abiertos a sus compatriotas cuando surgen de las selvas tan propicias para la guerrilla. En cuanto a los refugiados en Angola, se justifica que no desdenen y hasta agradezcan la ayuda de los angoleños y de quienesquiera que se pongan de su parte en su deseo de recuperar la patria perdida.

La intervención de Francia con motivo de la primera invasión de Shaba, claro exponente de un giro de 180° de su política congoleña con relación a la de principios de los sesenta su renovada intervención en mayo de 1978, por muy justificada que estuviera humanamente, han ahondado el abismo entre el pueblo de ese sector de Africa y un mundo occidental que respalda al gobierno de Kinshasa, al que se ha tratado de apuntalar en las reuniones celebradas y las que se celebran. Pero a la hora de redactar, todavía no se ha concretado cómo compaginar el apoyo otorgado al general Mobutu y la seguridad de que la ayuda financiera que el Zaire necesita urgentemente se empleará con mínimas garantías de eficacia. Al socaire de la soberanía de su país, el general Mobutu se ha revuelto como gato panza arriba ante la exigencia de un control foráneo en el Banco Central y Ministerio de Finanzas del Zaire. Mientras, el presidente Giscard d'Estaing sigue empeñado en la creación de una fuerza interafricana de seguridad destinada a mantener la integridad de las naciones afri-

canas. Excelente en principio, no parece que esa fórmula tenga fácil y rápida aplicación. Ni escasean los países africanos necesitados de que aseguren su «estabilidad» ni abundan los que pueden asegurar la de otros. Por lo pronto, los efectivos para organizar ese ejército no han acudido en tropel al Zaire para compensar las deficiencias del ejército zaireño, cuya poca capacidad militar —bien se vio en el Shaba— han menguado aún más las depuraciones llevadas a cabo en el pasado abril. Es decir, que la ayuda por partida doble del exterior, la financiera y la militar, sobre articularse difícilmente en forma coherente, tiende finalmente a mantener al general Mobuto en el poder, ejercido con despotismo, incompetencia y corrupción; y, de otra parte, a prolongar un centralismo artificial, meollo de los dos conflictos registrados en un año en el antiguo Katanga, que vio su independencia tronchada en flor por las fuerzas militares de la ONU financiadas por los Estados Unidos. «Con su acción, los Estados Unidos han sembrado la semilla de la hostilidad entre una de las pocas poblaciones africanas afectas a Occidente. El futuro demostrará la grave torpeza cometida», escribió Julio Coia Alberich, con singular clarividencia, en su obra *El Congo 1885-1963* publicada en 1964.

Porque no hay que cegarse. La situación en el antiguo Katanga obligará a seguir estando sobre las armas, por muchos parches que se le apliquen al gobierno de Kinshasa. En efecto, el adversario rechazado no ha sido destruido. Subsiste la amenaza por subsistir las causas que la han originado y los aliados que esperan sacar ventaja de esa circunstancia. Los exiliados y su descendencia no cejarán en sus esfuerzos para controlar un territorio fronterizo cuya población no los acoge como enemigos, sino todo lo contrario. Tampoco harán dengues a las ayudas que se les brinden sus dirigentes Nathanael M'Bumba y el hijo de Moisés Tschombe, Juan, aun sin ser éstos comunistas o prosoviéticos.

Obligados los países europeos a defender en Africa intereses vitales para ellos mediante una acción concertada, es de desear y esperar que logren hacerlo con visión política tal que no sigan abonando el terreno de nuevos conflictos generados por el egoísmo míope y el desconocimiento o desprecio de las realidades y legítimas aspiraciones de los pueblos africanos, aparte de sus derechos, siempre legítimos. ¿Cabe algún derecho que no lo sea?

ASAMBLEA GENERAL DE LA ONU SOBRE EL DESARME

Frente al manido principio de «Si quieres la paz, prepara la guerra», hace tiempo que surgió el propósito—o la ilusión—de eliminar los conflictos armados reduciendo los medios bélicos indispensables para que se produzcan. Ya en 1713 el abate francés Charles-Iréné de Saint-Pierre, en *Proyecto de paz perpetua*, propugnó una reducción de los armamentos por parte de los países europeos. Bentham insistió sobre aquella idea que del ámbito de la teoría había pasado al de su deseada aplicación cuando Alejandro I de Rusia en 1816 propuso una limitación del armamento para asegurar el *statu quo* logrado en la Conferencia de Viena. No tuvo éxito. Años más tarde, Luis Felipe de Francia y Napoleón III insistieron en ese proyecto, asimismo sin éxito. En cambio, los esfuerzos de la corte zarista desembocaron en las dos Conferencias de Paz de La Haya de 1899 y 1907. No evitaron la Primera Guerra Mundial. Finalizada ésta, se suscitó la esperanza de dar con los medios de impedir una repetición de esa tragedia. Tal fue el objetivo perseguido, entre otras iniciativas, por la Conferencia de Washington (1922), las dos Conferencias Navales de Londres (1930 y 1936) y el Pacto Briand-Kellog (1928) de renuncia a la guerra, en particular. Pero el fracaso en 1933 de la segunda Conferencia del Desarme de Ginebra impulsó la carrera armamentista en Europa, poniéndola en el disparadero de la Segunda Guerra Mundial. La contienda lógicamente dejó en suspenso todo proyecto de desarme o, cuando menos, de limitación de armamentos. Mas no había caído en el olvido. Desde la primera sesión de la Asamblea General de la ONU se emprendieron esfuerzos en favor del desarme, empezando por una reducción de los armamentos, singularmente cuando a partir de 1965, mediante la Resolución 2030, se convocó una Conferencia Mundial, ya propuesta en la Conferencia de Países No Alineados celebrada en El Cairo en 1964. Esa Conferencia, reiteradamente propuesta desde 1971 en el período de sesiones de la ONU, se inauguró el 23 de mayo, clausurándose el 28 de junio. De hecho, coleó hasta el día 30, con noche pasada de claro en claro incluida, tan peiliaguda resultó ser la redacción de la declaración final.

De entrada podía vaticinarse que la Conferencia no iba a lograr resultados decisivos, dada la no asistencia de los jefes de Estado de los Estados Unidos y la URSS, países que están en cabeza de una carrera armamentista en la que participa el mundo entero y le hace

gastar 20.000 millones de dólares anuales en armas, a despecho de la crisis económica. Aquellas ausencias dieron mayor relieve a la intervención del presidente de la República francesa, cuyo plan de desarme venía siendo muy aireado al tiempo que se mantenían secretas sus líneas maestras. De ahí el interés con que se acogió el 25 de mayo la intervención del presidente Giscard d'Estaing.

En esencia, su plan apuntaba en primer término a que el problema del desarme dejara de ser coto—o poco menos—de las dos superpotencias, como sucede en la Conferencia de Ginebra, en cuyo Comité de 18 naciones, instituido por Resolución de la ONU de diciembre de 1961, Francia se ha negado siempre a participar. Según el presidente Giscard d'Estaing, es fundamental que el problema del desarme se convierta en problema de todos y que en lugar de debatirse en Ginebra, se discuta en la ONU, estableciéndose al tiempo un sistema rotativo de presidencia que pusiera término al condominio norteamericano-soviético, dada la presidencia compartida por los Estados Unidos y la URSS, encabezando a sus seguidores, lo que tiende a institucionalizar la división del mundo en dos bloques. Desde luego, el sistema es defectuoso y no propicia un auténtico desarme, ni siquiera incita a emprender ese camino, a despecho de que los dos supergrandes hayan acordado determinadas limitaciones en el desarrollo y uso de armas especiales. En realidad, esas limitaciones poco significan. Con las que conservan en los arsenales atómicos pueden llevarse a cabo las pavorosas destrucciones de cuyo horror no excusó detalle el contraalmirante norteamericano Gene R. La Rocque en su intervención.

Por ello, era ingenuo optimismo confiar en la creación de una agencia internacional de satélites de control para fiscalizar las violaciones de los acuerdos de desarme, como propuso el presidente Giscard d'Estaing en su plan. ¿Cómo las dos superpotencias iban a consentir que otros países conocieran sus sistemas de comunicación y demás técnicas sumamente sofisticadas, cuyo conocimiento es indispensable para que la agencia cumpliera debidamente su cometido de vigilancia? Era de presumir: semejante proyecto no ha figurado en la declaración final.

En cuanto a la propuesta Conferencia europea de Desarme, con participación de los países asistentes a la Conferencia de Helsinki, suscita involuntario escepticismo. De ceñirse esa conferencia regional al único propósito de limitar las armas convencionales, parece una versión corregida de la Conferencia Europea de Seguridad y Coope-

ración. De atenernos a los resultados prácticos de la Conferencia de Belgrado, no incita a la confiada esperanza. Si con aquella propuesta el presidente francés pretendió ir por un atajo a la edificación del bastión europeo defensivo, uno de los designios del general De Gaulle, entonces surge el pesimismo, dada la distancia que media entre el proyecto y su realización, aun limitándose a la Europa occidental —impropiamente calificada de «Europa»— que, al cabo de veinte años del Tratado de Roma, no se ha vertebrado todavía sólida y coherentemente siquiera sea en lo económico.

A renglón seguido del presidente galo, intervino el vicepresidente de los Estados Unidos, Walter Mondale. Mencionó las negociaciones Salt-2, las conversaciones tripartitas, junto con Inglaterra, para prohibir las pruebas nucleares, sin omitir la furia armamentista de los países del Pacto de Varsovia, que es una amenaza para el mundo libre. Le replicó el ministro de Asuntos Exteriores de la URSS, Andrei Gromyko, sacando a colación la bomba de neutrones y el misil crucero norteamericano, concluyendo con una invitación a poner coto a la producción de armas atómicas y a la destrucción de los arsenales nucleares. En suma, las sempiternas mutuas acusaciones, reproches y propaganda. Nada nuevo ni serio en el sentido de que las superpotencias brindaran ideas para una solución a corto o largo plazo del gran problema del desarme.

Otro tanto puede decirse de los demás países de la ONU, salvo Méjico, principal promotor del tratado que declaró a Hispanoamérica zona libre de armas nucleares, y Venezuela, Perú, Colombia, Argentina y demás países signatarios de la declaración de Ayacucho, que se invitó la Asamblea General a tomar como antecedente para el desarme convencional del mundo entero.

Las propuestas de los países hispanoamericanos quedaron recogidas en la declaración final, aunque Polonia se opusiera inicialmente a la que formuló Venezuela, así como el cambio de sede propuesto por el presidente Giscard d'Estaing. No se impone que tal cambio pueda influir en la marcha de la Conferencia. Tampoco se impone que la presidencia rotativa, igualmente propuesta por el presidente francés, y que figura en la declaración final, resulte más eficaz que la compartida en Ginebra cuando les llegue el turno de presidir a ciertos países del Tercer Mundo. Sin atentar a la dignidad de ningún país, pueden abrigarse ciertas dudas en cuanto a la capacidad de algunos para dirimir asuntos de ámbito universal. En todo caso, la adopción del sistema rotativo permite a Francia sentarse sin desdoro en la des-

ocupada silla de la Conferencia de Ginebra y echar su cuarto a espadas en la cuestión del desarme, que tan altisonantes frases ha inspirado en la declaración final.

Y ya que de desarme se trata, viene a cuento que no bien regresó a París, olvidando su apostolado onusiano en favor del desarme, el presidente del país que es el tercer vendedor de armas del mundo dispensó un fastuoso recibimiento al príncipe Jaled de Arabia Saudita. Este, aparte de ingresar 5.000 millones de dólares en bancos franceses, negoció la venta por Francia de armas y suministros bélicos por un importe de 16.000 millones de francos. Claro que mientras el desarme no sea ley vinculante universal, los países más empeñados en alcanzar ese objetivo conservan una libertad de acción que el interés nacional impone no desaprovechar. Además, la sabiduría popular supo comprender hace tiempo que «una cosa es predicar y otra dar trigo».

EN BUSCA DE SOLUCIÓN A LA CRISIS ECONÓMICA

El 14 de junio se inauguró en París la reunión de los ministros de Asuntos Exteriores y Hacienda de los 24 países de la OCDE, entre ellos España. Los ministros japoneses de Planificación Económica y de Comercio Exterior, señores Miyazawa y Nobuhiko, presidieron ese decimoséptimo Consejo ministerial que, de entrada, dio claras señales de desencanto respecto a los resultados conseguidos con relación a los fijados en 1976: se impuso que el objetivo del pleno empleo sólo podría lograrse en 1985, o sea, cinco años después de lo previsto. En efecto, la tasa de crecimiento era insuficiente; las inversiones en el sector privado, remisas; la demanda, tímida, y el paro, prosiguiendo su marcha hacia adelante. Se estimó, pues, la necesidad de mayor ritmo de crecimiento (cifrado en un 5 por 100 para 1979), a menos de considerar la conveniencia de una contracción de la productividad. En suma, se puso de manifiesto que era preciso resolver una especie de cuadratura del círculo: lograr una tasa de crecimiento susceptible de reducir el paro, pero sin disminuir la productividad, es decir, hallar un equilibrio entre un crecimiento frenado, que tiene incidencia en la situación social, y un crecimiento acelerado, que genera inflación. Por si fuera poco, se evidenció que, haciendo caso omiso de la solemne declaración comercial de 30 de mayo de 1974, numerosos países daban rienda suelta a sus tendencias proteccionistas, en ciertos casos con más entusiasmo que a raíz de la crisis energética de

1973. Único aspecto positivo de anteriores buenos propósitos, se había frenado la veloz inflación, si bien reduciéndola a índices distintos, según fueran los países: en unos, sensiblemente; en otros, no tanto.

Poco era lo conseguido, pero sí suficiente para animar a los reunidos a pechar con la tarea de buscar soluciones a la crisis que agobia al mundo occidental, y no sólo al mundo occidental, pues los países socialistas la han considerado a mediados de julio en Bucarest.

Como primera providencia, el Consejo ministerial ratificó la declaración comercial de 1974 que, por no observada, cabe decir que no había entrado en vigor. Quizá en adelante corra mejor suerte, por ser uno de los medios de lograr una coordinación de esfuerzos que salven «la economía abierta de mercados» del naufragio que la amenaza de persistir los países en su combate en orden disperso. Porque si principio hubo que dominara el Consejo ministerial, fue el de la apremiante e inexcusable necesidad de dar con soluciones globales y emprender una acción internacional concertada para salir del atolladero de la crisis actual. Los miembros de la OCDE consideraron que la acción concertada culminaría en 1985, aunque en el plazo de año y medio fuera preciso establecer una serie de medidas económicas, entre ellas y en primer término la de moderar los impulsos expansivos en los respectivos países y reducir los desequilibrios presupuestarios.

No era el bálsamo de Fierabras; simplemente un lenitivo para la doliente economía. Por su curación se afanan los mejores terapeutas del mundo occidental, singularmente los ministros de Hacienda de los cinco «grandes» —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Alemania Federal y Japón—, reunidos en Londres el 15 de junio. Estos se aplicaron a su vez a atinar con el remedio para alcanzar una curación que se identifica con la acción internacional concertada, cuya fórmula, se estimó, había de salir de la magna reunión de Bonn del 16 de julio, que motivó el 24 de junio el viaje relámpago a Hamburgo del presidente Giscard d'Estaing para entrevistarse con el canciller Schmidt. No hubo declaración final sobre lo tratado, pero según declaración de prensa que el presidente francés hizo en Madrid, quedó descartada la reintegración del franco en la serpiente monetaria, aun estudiándose una acción conjunta para conseguir la estabilización del dólar. Independientemente de estos secreteos, la reunión de Bonn no ha sido una improvisación. Se viene preparando desde la reunión del Fondo Monetario Internacional, celebrada en Méjico a primeros de mayo, aparte de haberse considerado en las reuniones ministeriales

de los ministros de Hacienda de la CEE y planteada en el encuentro de Ginebra de los gobernadores de los Bancos centrales. La enferma economía está, pues, en manos de los máximos especialistas. No equivale a decir que está en sus manos su curación.

Tal se deduce de la «cumbre» de países de la CEE celebrada en Bremen el 8 de julio. Sus conclusiones llevaron a los medios oficiales franceses y alemanes a repicar campanas. En cambio, observadores y medios de comunicación templaban el alborozo oficial con críticas y escepticismo al estimar que la creación de un Fondo Monetario Europeo—gigantesca hucha de 25.000 millones de dólares y otras tantas monedas europeas—y el establecimiento de una moneda comunitaria eran acertados proyectos de difícil realización; a lo sumo, un paso dado en un largo camino que Gran Bretaña e Italia se resistían a emprender y ante el que vacilaban Irlanda y los Países Bajos. De hecho, los acuerdos de Bremen estaban supeditados a la «cumbre» de Bonn, a la que habían de asistir los siete grandes de la economía mundial.

Estos se mostraron de acuerdo en cuanto al diagnóstico, o sea, en la necesidad de ajustar las economías nacionales a la situación creada por el alto costo de la energía, en detener la inflación, reducir el paro y reactivar la economía. La dificultad estribaba en la adopción de remedios. En teoría son sencillos y excelentes, siempre que sean otros países los que se avengan a absorber la purga: que los Estados Unidos reduzcan sus importaciones de petróleo, causa principal de la caída del dólar; que la República Federal y Japón pisen el acelerador y sitúen su crecimiento económico en un 3 y 7,5 por 100, respectivamente, y que los demás países renuncien al proteccionismo y a la guerra comercial.

En contra de lo temido, en Bonn no hubo enfrentamientos y sí buena voluntad y propósitos de enmienda. Así el presidente Carter declaró la decisión de los Estados Unidos de reducir el consumo de petróleo, pero sólo en 1985 y a condición, por supuesto, de que el Congreso aprobara la decisión presidencial. Japón y Alemania Federal consintieron en dar impulso a sus economías, pero siempre y cuando que lo consintieran sus conciudadanos. Y todos a la una renunciaron al proteccionismo y a la guerra comercial. Por desgracia, «el espíritu es fuerte y la carne flaca», queremos decir que la solidaridad internacional en materia de economía puede ser muy sincera, pero determinantes los intereses nacionales. En lo que sí hubo acuerdo sin reservas fue en admitir esa verdad de evidencia según la cual

sin concertación internacional el desbarajuste monetario, la inflación, el paro, en una palabra, la crisis seguiría adelante, gravemente amenazadora, irremediable, de atenernos a las conclusiones formuladas en el Club de Roma por Aurelio Peccei.

En todo caso, tanto consejo, reunión, encuentro y cabildeos sugieren que el hombre no domina las leyes por las que se rige la economía por no supeditarse éstas a una racionalidad que impulsa a operar por analogía y utilizando la experiencia. Así, poco más de diez años después de la Primera Guerra Mundial, una crisis económica sorprendió y asoló al mundo, debido al exceso de producción, se dictaminó entonces. En cambio, después de la Segunda Guerra Mundial, pese a una industrialización incrementada y avances técnicos que aumentaban la producción, durante casi treinta años la economía transcurrió por caminos de crecimiento ininterrumpido, hasta caer en el imprevisto bache de la crisis energética. Ello lleva a preguntarse si no será que la ciencia económica no pone al hombre en condiciones de dominar los parámetros económicos. Como sea, los hechos muestran que los especialistas de la economía no han sido capaces de prever y prevenir la crisis actual. ¿Serán capaces de resolverla o, cuando menos, de limitar sus estragos? No se ha conseguido todavía impedir los terremotos ni los huracanes. Se hurtan a los progresos de la ciencia y la técnica. Acaso sucede otro tanto con la economía, lo que tira por los suelos el dogma marxista de que es manejable a voluntad una vez conocidas las leyes que la rigen.

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

